





Guía del autoestopista galáctico



Douglas Adams

Guía del
autoestopista
galáctico

Epílogo de Robbie Stamp

Traducción de Benito Gómez Ibáñez



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Hitchhiker's Guide to the Galaxy
Pan Books
Nueva York, 1979

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: Julio Vivas

Primera edición en «Contraseñas»: marzo 1983
Primera edición en «Compactos»: enero 2008
Segunda edición en «Compactos»: octubre 2008
Tercera edición en «Compactos»: septiembre 2009
Cuarta edición en «Compactos»: marzo 2010
Quinta edición en «Compactos»: enero 2011
Sexta edición en «Compactos»: octubre 2011
Séptima edición en «Compactos»: febrero 2013
Octava edición en «Compactos»: febrero 2014
Primera edición en «Compactos» impresa en Argentina: septiembre 2014

- © Completely Unexpected Productions Ltd., 1979
- © Del epílogo, Robbie Stamp, 2005
- © De la autoentrevista con Karey Kirkpatrick, Touchstone Pictures, 2005
- © De la traducción, Benito Gómez Ibáñez, 1983, y Damián Alou, 2005
- © EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2005
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7310-8
Depósito Legal: B. 35770-2011

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Artes Gráficas Rioplatense S.A. - Ciudad de Buenos Aires

*A Jonny Brock, Clare Gorst
y demás arlingtonianos,
por el té, la simpatía y el sofá*



En los remotos e inexplorados confines del arcaico extremo occidental de la espiral de la Galaxia, brilla un pequeño y despreciable sol amarillento.

En su órbita, a una distancia aproximada de ciento cincuenta millones de kilómetros, gira un pequeño planeta totalmente insignificante de color azul verdoso cuyos pobladores, descendientes de los simios, son tan asombrosamente primitivos que aún creen que los relojes de lectura directa son de muy buen gusto.

Este planeta tiene, o mejor dicho, tenía el problema siguiente: la mayoría de sus habitantes eran infelices durante casi todo el tiempo. Muchas soluciones se sugirieron para tal problema, pero la mayor parte de ellas se referían principalmente a los movimientos de pequeños trozos de papel verde; cosa extraña, ya que los pequeños trozos de papel verde no eran precisamente quienes se sentían infelices.

De manera que persistió el problema; muchos eran humildes y la mayoría se consideraban miserables, incluso los que poseían relojes de lectura directa.

Cada vez eran más los que pensaban que, en primer lugar, habían cometido un gran error al bajar de los árboles. Y algunos afirmaban que lo de los árboles había sido una equivocación, y que nadie debería haber salido de los mares.

Y entonces, un jueves, casi dos mil años después de que clavarán a un hombre a un madero por decir que, para variar, sería estupendo ser bueno con los demás, una muchacha que se sentaba sola en un pequeño café de Rickmansworth comprendió de pronto lo que había ido mal durante todo el tiempo, y descubrió el medio por el que el mundo podría convertirse en un lugar tranquilo y feliz. Esta vez era cierto, daría resultado y no habría que clavar a nadie a ningún sitio.

Lamentablemente, sin embargo, antes de que pudiera llamar por teléfono para contárselo a alguien, ocurrió una catástrofe terrible y estúpida y la idea se perdió para siempre.

Ésta no es la historia de la muchacha.

Sino la de aquella catástrofe terrible y estúpida, y la de algunas de sus consecuencias.

También es la historia de un libro, titulado Guía del autoestopista galáctico; no se trata de un libro terrestre, pues nunca se publicó en la Tierra y, hasta que ocurrió la terrible catástrofe, ningún terrícola lo vio ni oyó hablar de él.

No obstante, es un libro absolutamente notable.

En realidad, probablemente se trate del libro más notable que jamás publicaran las grandes compañías editoras de la Osa Menor, de las cuales tampoco ha oído hablar terrícola alguno.

Y no sólo es un libro absolutamente notable, sino que también ha tenido un éxito enorme: es más famoso que las Obras escogidas sobre el cuidado del hogar espacial, más vendido que las Otras cincuenta y tres cosas que hacer en gravedad cero, y más polémico que la trilogía de devastadora fuerza filosófica de Oolon Colluphid En qué se equivocó Dios, Otros grandes errores de Dios y Pero ¿quién es ese tal Dios?

En muchas de las civilizaciones más tranquilas del margen oriental exterior de la Galaxia, la Guía del autoestopista ya ha sustituido a la gran Enciclopedia galáctica como la fuente reconocida de todo el conocimiento y la sabiduría, porque si bien incurre en muchas omisiones y contiene abundantes hechos de

autenticidad dudosa, supera a la segunda obra, más antigua y prosaica, en dos aspectos importantes.

En primer lugar, es un poco más barata; y luego, grabada en la portada con simpáticas letras grandes, ostenta la leyenda NO SE ASUSTE.

Pero la historia de aquel jueves terrible y estúpido, la narración de sus consecuencias extraordinarias y el relato de cómo tales consecuencias están indisolublemente entrelazadas con ese libro notable, comienza de manera muy sencilla.

Empieza con una casa.



La casa se alzaba en un pequeño promontorio, justo en las afueras del pueblo. Estaba sola y daba a una ancha extensión cultivable de la campiña occidental. No era una casa admirable en sentido alguno; tenía unos treinta años de antigüedad, era achaparrada, más bien cuadrada, de ladrillo, con cuatro ventanas en la fachada delantera y de tamaño y proporciones que conseguían ser bastante desagradables a la vista.

La única persona para quien la casa resultaba en cierto modo especial era Arthur Dent, y ello sólo porque daba la casualidad de que era el único que vivía en ella. La había habitado durante tres años, desde que se mudó de Londres, donde se irritaba y se ponía nervioso. También tenía unos treinta años; era alto y moreno, y nunca se sentía enteramente a gusto consigo mismo. Lo que más solía preocuparle era el hecho de que la gente le preguntara siempre por qué tenía un aspecto tan preocupado. Trabajaba en la emisora local de radio, y solía decir a sus amigos que su actividad era mucho más interesante de lo que ellos probablemente pensaban.

El miércoles por la noche había llovido mucho y el camino estaba húmedo y embarrado, pero el jueves por la mañana había un sol claro y brillante que, según iba a resultar, lucía sobre la casa de Arthur Dent por última vez.

Aún no se le había comunicado a Arthur en forma debida que el ayuntamiento quería derribarla para construir en su lugar una vía de circunvalación.

A las ocho de la mañana de aquel jueves, Arthur no se encontraba muy bien. Se despertó con los ojos turbios, se levantó, deambuló agotado por la habitación, abrió una ventana, vio un *bulldozer*, encontró las zapatillas y, dando un trapiés, se encaminó al baño para lavarse.

Pasta de dientes en el cepillo: ya. A frotar.

Espejo para afeitarse: apuntaba al cielo. Lo acopló. Durante un momento el espejo reflejó otro *bulldozer* por la ventana del baño. Convenientemente ajustado, reflejó la encrespada barba de Arthur. Se afeitó, se lavó, se secó y, dando trompicones, se dirigió a la cocina con idea de hallar algo agradable que llevarse a la boca.

Cafetera, enchufe, nevera, leche, café. Bostezo.

Por un momento, la palabra «*bulldozer*» vagó por su mente en busca de algo relacionado con ella.

El *bulldozer* que se veía por la ventana de la cocina era muy grande.

Lo miró fijamente.

«Amarillo», pensó, y fue tambaleándose a su habitación para vestirse.

Al pasar por el baño se detuvo para beber un gran vaso de agua, y luego otro. Empezó a sospechar que tenía resaca. ¿Por qué tenía resaca? ¿Había bebido la noche anterior? Supuso que así debió de ser. Atisbó un destello en el espejo de afeitarse.

«Amarillo», pensó, y siguió su camino vacilante hacia la habitación.

Se detuvo a reflexionar. La taberna, pensó. ¡Santo Dios, la taberna! Vagamente recordó haberse enfadado por algo que

parecía importante. Se lo estuvo explicando a la gente, y más bien sospechó que se lo había contado con gran detalle: su recuerdo visual más nítido era el de miradas vidriosas en las caras de los demás. Acababa de descubrir algo sobre una nueva vía de circunvalación. Habían circulado rumores durante meses, pero nadie parecía saber nada al respecto. Ridículo. Bebió un trago de agua. Eso ya se arreglaría solo, concluyó; nadie quería una vía de circunvalación, y el ayuntamiento no tenía en qué basar sus pretensiones. El asunto se arreglaría por sí solo.

Pero qué espantosa resaca le había producido. Se miró en la luna del armario. Sacó la lengua.

«Amarilla», pensó.

La palabra *amarillo* vagó por su mente en busca de algo relacionado con ella.

Quince segundos después había salido de la casa y estaba tumbado delante de un enorme *bulldozer* amarillo que avanzaba por el sendero del jardín.

Míster L. Prosser era, como suele decirse, muy humano. En otras palabras, era un organismo basado en el carbono, bípedo, y descendiente del mono. Más concretamente, tenía cuarenta años, era gordo y despreciable y trabajaba para el ayuntamiento de la localidad. Cosa bastante curiosa, aunque él lo ignoraba, era que descendía por línea masculina directa de Gengis Kan, si bien las generaciones intermedias y la mezcla de razas habían escamoteado sus genes de tal manera que no poseía rasgos mongoloides visibles, y los únicos vestigios que aún conservaba míster L. Prosser de su poderoso antepasado eran una pronunciada corpulencia en torno a la barriga y cierta predilección hacia pequeños gorros de piel.

De ningún modo era un gran guerrero; en realidad, era un hombre nervioso y preocupado. Aquel día estaba espe-

cialmente nervioso y preocupado porque había topado con una dificultad grave en su trabajo, que consistía en quitar de en medio la casa de Arthur Dent antes de que acabara el día.

—Vamos, míster Dent —dijo—, usted sabe que no puede ganar. No puede estar tumbado delante del *bulldozer* de manera indefinida.

Intentó dar un brillo fiero a su mirada, pero sus ojos no le respondieron.

Arthur siguió tumbado en el suelo y le lanzó una réplica desconcertante.

—Juego —dijo—; ya veremos quién se achanta antes.

—Me temo que tendrá que aceptarlo —repuso míster Prosser, empuñando su gorro de piel y colocándose del revés en la coronilla—. ¡Esa vía de circunvalación debe construirse y se construirá!

—Es la primera noticia que tengo —afirmó Arthur—. ¿Por qué tiene que construirse?

Míster Prosser agitó el dedo durante un rato delante de Arthur; luego dejó de hacerlo y lo retiró.

—¿Qué quiere decir con eso de por qué tiene que construirse? —le preguntó a su vez—. Se trata de una vía de circunvalación. Y hay que construir vías de circunvalación.

Las vías de circunvalación son artificios que permiten a ciertas personas pasar con mucha rapidez de un punto A a un punto B, mientras que otras avanzan a mucha velocidad desde el punto B al punto A. La gente que vive en un punto C, justo en medio de los otros dos, suele preguntarse con frecuencia por la gran importancia que debe tener el punto A para que tanta gente del punto B tenga tantas ganas de ir para allá, y qué interés tan grande tiene el punto B para que tanta gente del punto A sienta tantos deseos de acudir a él. A menudo ansían que las personas descubran de una vez para siempre el lugar donde quieren quedarse.

Míster Prosser quería ir a un punto D. El punto D no es-

taba en ningún sitio en especial, sólo se trataba de cualquier punto conveniente que se encontrara a mucha distancia de los puntos A, B y C. Llegaría a tener una bonita casita de campo en el punto D, con hachas encima de la puerta, y pasaría una agradable cantidad de tiempo en el punto E, donde estaría la taberna más próxima al punto D. Su mujer, por supuesto, quería rosales trepadores, pero él prefería hachas. No sabía por qué; sólo que le gustaban las hachas. Se ruborizó profundamente ante las muecas burlonas de los conductores de los *bulldozers*.

Empezó a apoyarse en un pie y luego en otro, pero estaba igualmente incómodo descargando el peso en cualquiera de los dos. Estaba claro que alguien había sido sumamente incompetente, y esperaba por lo más sagrado que no hubiera sido él.

—Tenía usted derecho a hacer sugerencias o a presentar objeciones a su debido tiempo, ¿sabe? —dijo míster Prosser.

—¿A su debido tiempo? —gritó Arthur—. ¡A su debido tiempo! La primera noticia que he tenido fue ayer, cuando vino un obrero a mi casa. Le pregunté si venía a limpiar las ventanas y me contestó que no, que venía a derribar mi casa. No me lo dijo inmediatamente, desde luego. Claro que no. Primero me limpió un par de ventanas y me cobró cinco libras. Luego me lo dijo.

—Pero míster Dent, los planos han estado expuestos en la oficina de planificación local desde hace nueve meses.

—¡Ah, claro! Ayer por la tarde, en cuanto me enteré, fui corriendo a verlos. No se ha excedido usted precisamente en llamar la atención hacia ellos, ¿verdad que no? Me refiero a decírselo realmente a alguien, o algo así.

—Pero los planos estaban a la vista...

—¿A la vista? Si incluso tuve que bajar al sótano para verlos.

—Ahí está el departamento de exposición pública.

—Con una linterna.

–Bueno, probablemente se había ido la luz.

–Igual que en las escaleras.

–Pero bueno, encontró el aviso, ¿no?

–Sí –contestó Arthur–, lo encontré. Estaba a la vista en el fondo de un archivador cerrado con llave y colocado en un lavabo en desuso en cuya puerta había un letrero que decía: *Cuidado con el leopardo*.

Por el cielo pasó una nube. Arrojó una sombra sobre Arthur Dent, que estaba tumbado en el barro frío, apoyado en el codo. Arrojó otra sombra sobre la casa de Arthur Dent. Míster Prosser frunció el ceño.

–No parece que sea una casa particularmente bonita –afirmó.

–Lo siento, pero da la casualidad de que a mí me gusta.

–Le gustará la vía de circunvalación.

–¡Cállese ya! –exclamó Arthur Dent–. Cállese, márchese y llévase con usted su condenada vía de circunvalación. No tiene en qué basar sus pretensiones, y usted lo sabe.

Míster Prosser abrió y cerró la boca un par de veces mientras su imaginación se llenaba por un momento de visiones inexplicables, pero horriblemente atractivas, de la casa de Arthur Dent consumida por las llamas y del propio Arthur gritando y huyendo a la carrera de las ruinas humeantes con al menos tres pesadas lanzas sobresaliendo en su espalda. Míster Prosser se veía incomodado con frecuencia por imágenes parecidas, que le ponían muy nervioso. Tartamudeó un momento, pero logró dominarse.

–Míster Dent –dijo.

–¡Hola! ¿Sí? –dijo Arthur.

–Voy a proporcionarle cierta información objetiva. ¿Tiene alguna idea del daño que sufriría ese *bulldozer* si yo permitiera que simplemente le pasara a usted por encima?

–¿Cuánto? –inquirió Arthur.

–Ninguno en absoluto –respondió míster Prosser, apar-

tándose nervioso y frenético y preguntándose por qué le invadían el cerebro mil jinetes greñudos que no dejaban de aullar.

Por una coincidencia curiosa, *ninguno en absoluto* era exactamente el recelo que el descendiente de los simios llamado Arthur Dent abrigaba de que uno de sus amigos más íntimos no descendiera de un mono, sino que en realidad procediese de un pequeño planeta próximo a Betelgeuse, y no de Guildford, como él afirmaba.

Eso jamás lo había sospechado Arthur Dent.

Su amigo había llegado por primera vez al planeta Tierra unos quince años antes, y había trabajado mucho para adaptarse a la sociedad terrestre; y con cierto éxito, habría que añadir. Por ejemplo, se había pasado esos quince años fingiendo ser un actor sin trabajo, cosa bastante plausible.

Pero, por descuido, había cometido un error al quedarse un poco corto en sus investigaciones preparatorias. La información que había obtenido le llevó a escoger el nombre de «Ford Prefect» en la creencia de que era muy poco llamativo.

No era exageradamente alto, y sus facciones podían ser impresionantes pero no muy atractivas. Tenía el pelo rojo y fuerte, y se lo peinaba hacia atrás desde las sienes. Parecía que le habían estirado la piel desde la nariz hacia atrás. Había algo raro en su aspecto, pero resultaba difícil determinar qué era. Quizás consistiese en que no parecía parpadear con la frecuencia suficiente, y cuando le hablaban durante cierto tiempo, los ojos de su interlocutor empezaban a lagrimear. O tal vez fuese que sonreía con muy poca delicadeza y le daba a la gente la enervante impresión de que estaba a punto de saltarles al cuello.

A la mayoría de los amigos que había hecho en la Tierra les parecía una persona excéntrica, pero inofensiva; un bebedor turbulento con algunos hábitos extraños. Por ejemplo,

solía irrumpir sin que lo invitaran en fiestas universitarias, donde se emborrachaba de mala manera y empezaba a burlarse de cualquier astrofísico que pudiera encontrar hasta que lo echaban a la calle.

A veces se apoderaban de él extraños estados de ánimo; se quedaba distraído, mirando al cielo como si estuviera hipnotizado, hasta que alguien le preguntaba qué estaba haciendo. Entonces parecía sentirse culpable durante un momento; luego se tranquilizaba y sonreía.

—Pues buscaba algún platillo volante —solía contestar en broma, y todo el mundo se echaba a reír y le preguntaba qué clase de platillos volantes andaba buscando.

—¡Verdes! —contestaba con una mueca perversa; lanzaba una carcajada estrepitosa y luego arrancaba de pronto hacia el bar más próximo, donde invitaba a una ronda a todo el mundo.

Esas noches solían acabar mal. Ford se ponía ciego de whisky, se acurrucaba en un rincón con alguna chica y le explicaba con frases inconexas que en realidad no importaba tanto el color de los platillos volantes.

A continuación, echaba a andar por la calle, tambaleándose y semiparalítico, preguntando a los policías con los que se cruzaba si conocían el camino de Betelgeuse. Los policías solían decirle algo así:

—¿No cree que ya va siendo hora de que se vaya a casa, señor?

—De eso se trata, quiero recogerme —respondía Ford de manera invariable en tales ocasiones.

En realidad, lo que verdaderamente buscaba cuando miraba al cielo con aire distraído era cualquier clase de platillo volante. Decía que buscaba uno verde porque ése era tradicionalmente el color de los exploradores comerciales de Betelgeuse.

Ford Prefect estaba desesperado porque no llegaba nin-

gún platillo volante; quince años era mucho tiempo para andar perdido en cualquier parte, especialmente en un sitio tan sobrecogedoramente aburrido como la Tierra.

Ford ansiaba que pronto apareciese un platillo volante, pues sabía cómo hacer señales para que bajaran y conseguir que lo llevaran. Conocía la manera de ver las Maravillas del Universo por menos de treinta dólares altairianos al día.

En realidad, Ford Prefect era un investigador itinerante de ese libro absolutamente notable, la *Guía del autoestopista galáctico*.

Los seres humanos se adaptan muy bien a todo, y a la hora del almuerzo había arraigado una serena rutina en los alrededores de la casa de Arthur. Éste interpretaba el papel de rebozarse la espalda en el barro, solicitando de vez en cuando ver a su abogado o a su madre, o pidiendo un buen libro; míster Prosser asumía la función de atacar a Arthur con algunas maniobras nuevas, soltándole de cuando en cuando un discurso sobre «el bien común», «la marcha del progreso», «ya sabe que una vez derribaron mi casa», «nunca se debe mirar atrás» y otros camelos y amenazas; y el quehacer de los conductores de los *bulldozers* era sentarse en corro bebiendo café y haciendo experimentos con las normas del sindicato para ver si podían sacar ventajas económicas de la situación.

La Tierra se movía despacio en su trayectoria diurna.

El sol empezaba a secar el barro sobre el que Arthur estaba tumbado.

Una sombra volvió a cruzar sobre él.

—Hola, Arthur —dijo la sombra.

Arthur levantó la vista y, guiñando los ojos para protegerse del sol, vio que Ford Prefect estaba de pie a su lado.

—¡Hola, Ford!, ¿cómo estás?

—Muy bien —contestó Ford—. Oye, ¿estás ocupado?

—¡Que si estoy *ocupado!* —exclamó Arthur—. Bueno, ahí están todos esos *bulldozers*, y tengo que tumbarme delante de ellos porque si no derribarían mi casa; pero aparte de eso..., pues no especialmente, ¿por qué?

En Betelgeuse no conocen el sarcasmo. Y Ford Prefect no solía captarlo a menos que se concentrara.

—Bien, ¿podemos hablar en algún sitio? —preguntó.

—¿Cómo? —repuso Arthur Dent.

Durante unos segundos pareció que Ford le ignoraba, pues se quedó con la vista fija en el cielo como un conejo que tratase de que lo atropellara un coche. Luego, de pronto, se puso en cuclillas junto a Arthur.

—Tenemos que hablar —le dijo en tono apremiante.

—Muy bien —le contestó Arthur—, hablemos.

—Y beber —añadió Ford—. Es de importancia vital que hablemos y bebamos. Ahora mismo. Vamos a la taberna del pueblo.

Volvió a mirar al cielo, nervioso, expectante.

—¡Pero es que no lo entiendes! —gritó Arthur. Señaló a Prosser—. ¡Ese hombre quiere derribar mi casa!

Ford le miró, perplejo.

—Bueno, puede hacerlo mientras tú no estás, ¿no? —sugirió.

—¡Pero no quiero que lo haga!

—¡Ah!

—Oye, Ford, ¿qué es lo que te pasa? —preguntó Arthur.

—Nada. No me pasa nada. Escúchame, tengo que decirte la cosa más importante que hayas oído jamás. He de contártela ahora mismo, y debo hacerlo en el bar Horse and Groom.

—Pero ¿por qué?

—Porque vas a necesitar una copa bien cargada.

Ford miró fijamente a Arthur, que se quedó asombrado al comprobar que su voluntad comenzaba a debilitarse. No

comprendía que ello era debido a un viejo juego tabernario que Ford aprendió a jugar en los puertos del hiperespacio que abastecían a las zonas mineras de madranita en el sistema estelar de Orión Beta.

Tal juego no se diferenciaba mucho del juego terrestre denominado «lucha india», y se jugaba del modo siguiente:

Dos contrincantes se sentaban a cada extremo de una mesa con un vaso enfrente de cada uno.

Entre ambos se colocaba una botella de aguardiente Janx (el que inmortalizó la antigua canción minera de Orión: «¡Oh!, no me des más de ese añejo aguardiente Janx / No, no me des más de ese añejo aguardiente Janx / Pues mi cabeza echará a volar, mi lengua mentirá, mis ojos arderán y me pondré a morir / No me pongas otra copa de ese pecaminoso aguardiente añejo Janx»).

Cada adversario concentraba su voluntad en la botella, tratando de inclinarla para echar aguardiente en el vaso de su oponente, quien entonces tenía que beberlo.

La botella se llenaba de nuevo. El juego comenzaba otra vez. Y otra.

Una vez que se empezaba a perder, lo más probable es que se siguiera perdiendo, porque uno de los efectos del aguardiente Janx es el debilitamiento de las facultades telequinésicas.

En cuanto se consumía una cantidad establecida de antemano, el perdedor debía pagar una prenda, que normalmente era obscenamente biológica.

A Ford Prefect le gustaba perder.

Ford miraba fijamente a Arthur, quien empezó a pensar que, después de todo, tal vez quisiera ir al Horse and Groom.

—¿Y qué hay de mi casa...? —preguntó en tono quejumbroso.

Ford miró a míster Prosser, y de pronto se le ocurrió una idea atroz.

—¿Quiere derribar tu casa?

—Sí, quiere construir...

—¿Y no puede hacerlo porque estás tumbado delante de su *bulldozer*?

—Sí, y...

—Estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo —afirmó Ford, y añadió gritando—: ¡Disculpe usted!

Míster Prosser (que estaba discutiendo con un portavoz de los conductores de los *bulldozers* sobre si Arthur Dent constituía o no un caso patológico y, en caso afirmativo, cuánto deberían cobrar ellos) miró en torno suyo. Quedó sorprendido y se alarmó un tanto al ver que Arthur tenía compañía.

—¿Sí? ¡Hola! —contestó—. ¿Ya ha entrado míster Dent en razón?

—¿Podemos suponer, de momento —le respondió Ford—, que no lo ha hecho?

—¿Y bien? —suspiró míster Prosser.

—¿Y podemos suponer también —prosiguió Ford— que va a pasarse aquí todo el día?

—¿Y qué?

—¿Y que todos sus hombres van a quedarse aquí todo el día sin hacer nada?

—Pudiera ser, pudiera ser...

—Bueno, pues si en cualquier caso usted se ha resignado a no hacer nada, no necesita realmente que Arthur esté aquí tumbado todo el tiempo, ¿verdad?

—¿Cómo?

—No necesita —repitió pacientemente Ford— realmente que se quede aquí.

Míster Prosser lo pensó.

—Pues no; de esa manera... —dijo—, no lo necesito *exactamente*...

Prosser estaba preocupado. Pensó que uno de los dos no estaba muy en sus cabales.

—De manera que si usted se hace a la idea de que Arthur está realmente aquí —le propuso Ford—, entonces él y yo podríamos marcharnos media hora a la taberna. ¿Qué le parece?

Míster Prosser pensó que le parecía una absoluta majadería.

—Me parece muy razonable... —dijo en tono tranquilizador, preguntándose a quién trataba de tranquilizar.

—Y si después quiere usted echarse un chispazo al colete —le dijo Ford—, nosotros podríamos sustituirle.

—Muchísimas gracias —repuso míster Prosser, que ya no sabía cómo seguir el juego—. Muchísimas gracias, sí, es muy amable...

Frunció el ceño, sonrió, trató de hacer las dos cosas a la vez, no lo consiguió, agarró su gorro de piel y caprichosamente se lo colocó del revés en la coronilla. Sólo podía suponer que había ganado.

—De modo que —prosiguió Ford Prefect— si hace el favor de acercarse y tumbarse en el suelo...

—¿Cómo? —inquirió míster Prosser.

—¡Ah!, lo siento —se disculpó Ford—; tal vez no me haya explicado con la claridad suficiente. Alguien tiene que tumbarse delante de los *bulldozers*, ¿no es así? Si no, no habría nada que les impidiese derribar la casa de míster Dent, ¿verdad?

—¿Cómo? —repitió míster Prosser.

—Es muy sencillo —explicó Ford—. Mi cliente, míster Dent, afirma que se levantará del barro con la única condición de que usted venga a ocupar su puesto.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Arthur, pero Ford le dio con el pie para que guardara silencio.

—¿Quiere usted —preguntó Prosser, deletreando para sí aquella idea nueva— que vaya a tumbarme ahí...?

—Sí.

—¿Delante del *bulldozer*?

—Sí.

—En el puesto de míster Dent.

—Sí.

—En el barro.

—En el barro, tal como dice usted.

En cuanto míster Prosser comprendió que, después de todo, iba a ser el verdadero perdedor, fue como si se quitara un peso de los hombros: eso se parecía más a las cosas del mundo que él conocía. Exhaló un suspiro.

—¿A cambio de lo cual se llevará usted a míster Dent a la taberna?

—Eso es —dijo Ford—; eso es exactamente.

Míster Prosser dio unos pasos nerviosos hacia delante y se detuvo.

—¿Prometido? —preguntó.

—Prometido —contestó Ford. Se volvió a Arthur—. Vamos —le dijo—, levántate y deja que se tumbe este señor.

Arthur se puso en pie con la sensación de que estaba soñando.

Ford hizo una seña a Prosser, que, con expresión triste y maneras torpes, se sentó en el barro. Sintió que toda su vida era una especie de sueño, preguntándose a quién pertenecería dicho sueño y si lo estaría pasando bien. El barro le envolvió el trasero y los brazos y penetró en sus zapatos.

Ford le lanzó una mirada severa.

—Y nada de derribar a escondidas la casa de míster Dent mientras él está fuera, ¿entendido? —le dijo.

—Ni siquiera he empezado a especular —gruñó míster Prosser, tendiéndose de espaldas— con la más mínima posibilidad de que esa idea se me pase por la cabeza.

Vio acercarse al representante sindical de los conductores de los *bulldozers*, dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Trataba

de poner en orden sus pensamientos para demostrar que él no constituía un caso patológico. Aunque no estaba muy seguro, porque le parecía tener la cabeza llena de ruidos, de caballos, de humo y del hedor de la sangre. Eso le ocurría siempre que se sentía confundido o desdichado, y nunca se lo había podido explicar a sí mismo. En una alta dimensión de la que nada conocemos, el poderoso Kan aulló de rabia, pero mister Prosser sólo se quejó y sufrió un leve temblor. Empezó a sentir un escozor húmedo detrás de los párpados. Errores burocráticos, hombres furiosos tendidos en el barro, desconocidos incomprensibles infligiendo humillaciones inexplicables y un extraño ejército de jinetes que se reían de él dentro de su cabeza... ¡vaya día!

¡Vaya día! Ford sabía que no importaba lo más mínimo que derribaran o no la casa de Arthur.

Arthur seguía muy preocupado.

—Pero ¿podemos confiar en él? —preguntó.

—Yo confío en él hasta que la Tierra se acabe —le contestó Ford.

—¿Ah, sí? —repuso Arthur—. ¿Y cuánto tardará eso?

—Unos doce minutos —sentenció Ford—. Vamos, necesito un trago.

2

Esto es lo que la Enciclopedia galáctica dice respecto al alcohol. Afirma que es un líquido incoloro y evaporable producido por la fermentación de azúcares, y asimismo observa sus efectos intoxicantes sobre ciertos organismos basados en el carbono.

La Guía del autoestopista galáctico también menciona el alcohol. Dice que la mejor bebida que existe es el detonador gárgico pangaláctico.

Dice que el efecto producido por una copa de detonador

gargárico pangaláctico es como que le aplasten a uno los sesos con una raja de limón doblada alrededor de un gran lingote de oro.

La Guía también indica en qué planetas se prepara el mejor detonador gargárico pangaláctico, cuánto hay que pagar por una copa y qué organizaciones voluntarias existen para ayudarle a uno a la rehabilitación posterior.

La Guía señala incluso la manera en que puede prepararse dicha bebida:

«Vierta el contenido de una botella de aguardiente añejo Janx.

»Añada una medida de agua de los mares de Santraginus V. ¡Oh, el agua del mar de Santraginus! ¡¡¡Oh, el pescado de las aguas santragineas!!!

»Deje que se derritan en la mezcla (debe estar bien helada o se perderá la bencina) tres cubos de megaginebra arcturiana.

»Agregue cuatro litros de gas de las marismas falianas y deje que las burbujas penetren en la mezcla, en memoria de todos los felices vagabundos que han muerto de placer en las Marismas de Falia.

»En el dorso de una cuchara de plata vierta una medida de extracto de Hierbahiperbuena de Qualactina, saturada de todos los fragantes olores de las oscuras zonas qualactinas, levemente suaves y místicos.

»Añada el diente de un suntiger algoliano. Observe cómo se disuelve, lanzando el brillo de los soles algolianos a lo más hondo del corazón de la bebida.

»Rociela con Zamfuor.

»Añada una aceituna.

»Bébalo..., pero... con mucho cuidado...»

La Guía del autoestopista galáctico se vende mucho más que la Enciclopedia galáctica.